

SANTA MARGARITA, REINA DE ESCOCIA

Día 10 de junio

P. Juan Croisset, S.J.

Santa Margarita, verdadero modelo de una princesa cristiana, fue nieta de Edmundo II, rey de Inglaterra, por sobrenombre Costilla de Hierro, el cual murió el año 1017, después de haberse visto precisado á partir su reino con Canuto el Grande, rey de Dinamarca. Muerto Edmundo, no se contentó Canuto con la parte, y, aspirando al todo, arrojó del reino á los hijos, al hermano y á los sobrinos del difunto, obligándolos á refugiarse en Alemania, donde los recibió San Esteban, rey de Hungría, declarándose tutor y padre de los hijos: el mayor, llamado Edmundo como su padre, casó con la hija del Rey y el segundo, por sobrenombre Eduardo, casó con Ágata, sobrina del mismo San Esteban, y de este matrimonio nació Santa Margarita el año de 1048.

Salió al mundo con las más bellas disposiciones para la virtud. Fue reputada por la más hermosa princesa de su siglo, y su singular modestia daba nuevo lustre y realce mayor á su hermosura. Enemiga de la ociosidad, siempre se la veía santamente ocupada, repartiendo todo el tiempo en el trabajo y en la oración.

Entre todas las demás virtudes sobresalía su tierna devoción á la Santísima Virgen, cuyo solo nombre la hacía muchas veces derramar dulces lágrimas de ternura; por su gusto pasó días enteros de rodillas delante, del Santísimo Sacramento; la oración, la lectura de libros piadosos, y otros cien ejercicios de devoción, fueron todos los entretenimientos de su infancia en la

corte de un rey santo.

Perdió á su padre siendo aún niña, y pensaba retirarse á un convento cuando subió al trono de Inglaterra Eduardo III, hermano de su abuelo, después de muerto Canuto, y luego hizo venir de Hungría á su sobrino Edgar con sus dos hermanas Margarita, y Cristina.

Apenas se dejó ver en la corte de Inglaterra, cuando fueron la admiración de toda ella su raro mérito y su eminente santidad, no hablándose de otra cosa que de las grandes prendas y extraordinaria virtud de la princesa Margarita. Viola Malcolmo III, rey de Escocia, y, prendado de ella, la pidió por mujer. Rindióse á la voluntad de sus parientes; pero el resplandor de la corona no alteró su devoción, ni el trono sirvió más que para que su virtud brillase desde más alto.

Dispuso Dios que encontrase en la persona de Malcolmo un esposo cuyas inclinaciones y costumbres, aunque todavía poco cultivadas, tuviesen, sin embargo, bastante parentesco con las suyas. Estas buenas disposiciones las fue cultivando la Reina con su apacibilidad, con su condescendencia y con sus suavísimos modales, de manera que Dios, en cuyas manos están los corazones de los reyes, la hizo tan dueña del de Malcolmo, que por influjo de la santa reina floreció en sus estados la justicia, resplandeció la religión, y, haciendo dichosos á los vasallos, hizo al Rey su marido uno de los príncipes más virtuosos de su siglo.

Dedicóse desde luego al gobierno de su casa, y jamás quiso poner á cargo de otros la educación de sus hijos ni el cuidado de su familia. Las únicas prendas que apreciaba y pedía en sus damas eran el pudor, la modestia y la virtud. No era posible verse corte más ejemplar; cualquiera que pareciese poco cristiano

incurría en la desgracia de la Reina; el único modo de hacerla la corte era ser verdaderamente virtuoso.

Admirado el Rey de los talentos, de los modales y del superior mérito de la piadosa princesa, no menos que de la comprensión y prudencia que mostraba en toda su conducta, no se contentó con dejarla enteramente libre todo el gobierno doméstico de la casa real; quiso que también tuviese parte en la administración del estado, tomando su consejo principalmente en todos aquellos negocios que concernían al gobierno económico del reino, á la quietud y felicidad de los pueblos, al mayor bien y gloria de la religión.

Conociéronse presto en Escocia los efectos de la superior prudencia y elevada santidad de la princesa que gobernaba. Era digno de un apóstol el fruto que hizo la santa reina. Refloreció la religión, resucitó la piedad, revivió el uso de los sacramentos, desterráronse las supersticiones, reformáronse los abusos, y volvió la Iglesia á su primer lustre y hermosura. Asombrado el Rey cada día más y más de los prodigios que obraba la prudencia y la virtud de la Reina, entró voluntariamente en todos sus pensamientos; y no contento con dejarla, por decirlo así, el gobierno del estado, quiso que se manejase á su arbitrio la real hacienda. Luego experimentaron los pobres y las iglesias los efectos de su gran corazón y de su liberalidad verdaderamente real. Érala tan natural la ternura y la compasión de los pobres, que parecía haber nacido con ella. Sus profusiones con ellos eran tan grandes y tan continuas, que casi llegó á desterrar la mendicidad y la miseria. Antes de sentarse á la mesa daba siempre de comer á nueve doncellas huérfanas, y á otras veinticuatro pobres ancianas, sirviéndolas por sus propias manos; muchas veces se hacían venir á Palacio trescientos pobres, á quienes el Rey y la Reina servían de rodillas los mismos platos que

estaban prevenidos para la mesa real.

Tantas y tan diferentes ocupaciones exteriores no debilitaban ni menos interrumpían su continua unión con Dios. En medio de todas ellas se la observaba siempre un recogimiento interior que edificaba, y parecía estar en continua oración, no pudiéndose comprender sin dificultad cómo podía dedicar tanto tiempo á este ejercicio; es verdad que dormía muy poco, y que se negaba enteramente á toda conversación inútil. Levantábase todas las noches para asistir á maitines, y antes que se cantasen en el coro rezaba en particular el Oficio de la Trinidad, el de la Pasión y el de la Virgen, acabando todo el Salterio con el Oficio de difuntos. Sus penitencias y su abstinencia, alguna vez llegaron á parecer excesivas. Comía tan poco, que se admiraban de que pudiese vivir; y se maceraba tanto, que se tuvo por cierto que las penitencias la acortaron la vida. Era su confesor ordinario el siervo de Dios Thierry, escritor de su misma Vida, y su director el famoso Turgot. Sintiendo algunos prenuncios de Su cercana muerte, se confesó generalmente con él; y, conforme se iba acercando á su fin, iba también sensiblemente creciendo su fervor.

Debilitáronse sus fuerzas con la aplicación al trabajo, y con el rigor de tantas penitencias; rindióse á la cama mas no por eso fueron menos activos su amor á Dios, su celo y su caridad con los pobres. En este tiempo quiso el Señor acabar de purificarla con una aflicción muy sensible. Hallábase á la sazón en guerra el rey Malcolmo con Guillermo el Rojo, rey de Inglaterra, y había entrado con poderosas fuerzas en la provincia de Northumberland, para volver á su obediencia los condados de Cumberland y Westmorland, que Guillermo el Conquistador le había usurpado; pero fue desgraciadamente muerto con su hijo primogénito el príncipe Eduardo en el año de 1093, al paso del río Alne.

Sintió profundamente la Reina este accidente, para lo cual no halló otro consuelo que su religión y su virtud; pero sobrevivió poco á esta noticia, porque se la excitó luego una calentura que, añadida á los demás achaques, la puso en el último peligro. Confesóse, recibió el Viático y la Extremaunción con una devoción muy correspondiente á la santidad de su vida; y habiendo exhortado á sus hijos al amor á la virtud, y á toda su familia á la piedad y devoción cristiana, murió con la muerte de los santos el día 10 de Junio de 1093. No hubo reina más sentidamente llorada; llenó de luto su muerte á todo el reino, y en todos los pueblos resonaban los gemidos de los pobres, que lamentaban la pérdida de su madre. Enterróse el santo cuerpo, con la solemnidad que acompaña siempre los funerales de los santos, en la iglesia de la Santísima Trinidad, que había edificado la santa reina, y en el mismo sitio que ocupaba la capilla donde se había casado. Fueron tantos los milagros que obró desde luego el Señor para manifestar su santidad, que el papa Inocencio IV la canonizó solemnemente y la puso en el catálogo de los santos el año de 1251. A solicitud de Felipe II, rey de España, se condujo al Escorial una parte de sus reliquias y de las del rey Malcolmo, su marido, á quien también se ha venerado siempre como santo, donde se colocaron en una capilla que mandó edificar en honra de Santa Margarita. Su preciosa cabeza se guarda con la mayor veneración en la iglesia del seminario escocés de los jesuítas de Douay.

SANTOS CRÍSPULO Y RESTITUTO, MÁRTIRES

Fn este día señala el Calendario á San Crispulo y Restituto, mártires; pero es de notar que los Martirologios antiguos, así el de San Jerónimo como otros muchos, sólo hacen memoria de San Crispulo. Esto

es en lo que todos concuerdan y convienen, no así en el lugar donde fueron martirizados, pues la *Palestra Sagrada* señala á Túy, y Ribadeneyra dice que sufrieron el martirio en Palencia. Por desgracia, en ninguna de nuestras iglesias ha quedado vestigio ó memoria alguna.

San Restituto, en opinión de algunos autores, nació en Ilipla ó Elepla, hoy Niebla y Peñaflor, en el arzobispado de Sevilla; pero otros son de opinión que la patria de este Santo fue Epora, llamada hoy Montoro, en el obispado de Córdoba.

Fue Restituto varón de eminente virtud y de instrucción sólida y variada. Recibió las sublimes órdenes del sacerdocio, y en este estado se mostró digno ministro de Dios. Su ardiente deseo de extender por todas partes los principios eternos y salvadores del Cristianismo, le hacía visitar las poblaciones para dirigir á la multitud, que la elocuencia de su palabra hacia reunir, cariñosas y dulces amonestaciones para que abandonase la tenebrosa senda del error, y fijaron sus plantas en el nuevo camino que les mostraba, camino lleno de luz y de armonía. Tan asiduo cuidado y tan públicas demostraciones no podían menos de acarrearle la persecución de los fieros de Nerón, que por entonces imperaba. Murió en medio de los tormentos, pero confesando alegre y gozoso á Jesucristo.

Algunos críticos, deseando saber el motivo por qué á San Restituto le daban por compañero en el martirio á San Crispulo, dicen que la causa de esta equivocación ha consistido en haber confundido nuestros santos nacionales con otros santos del mismo nombre que juntos padecieron el martirio en Roma.

La variedad con que se explican las actas de los dichos que fueron romanos, con las de los nuestros, nada

puede valer contra el testimonio de la fiesta que la santa Iglesia de Sevilla celebra hoy á los Santos Crispulo y Restituto, como propios de su arzobispado; cuya función, sin interrupción, se ha seguido celebrando desde el año de 1624 hasta nuestros días.

La Misa es en honor de Santa Margarita, y la oración la que signe:

i Oh Dios, que hiciste tan admirable á la bienaventurada Margarita, reina de Escocia, por la insigne caridad que ejerció con los pobres! Concédenos que por su imitación y á su ejemplo se aumente perpetuamente en nuestros corazones el amor á Vuestra Divina Majestad. Por Nuestro Señor, etc.

La Epístola es del cap. 31 de los Proverbios.

¿Quién hallará una mujer fuerte? Es más preciosa que lo que se trae de las extremidades del mundo. El corazón de su marido pone en ella su confianza, y no necesitará de despojos. Le pagará con bien, y no con mal, todos los días de su vida. Buscó lana y lino, y trabajó con habilidad de sus manos. Es como el navío del mercader que trae de lejos su pan. Levantóse antes de amanecer, y repartió á su familia la comida, y su tarea á los criados. Reconoció una heredad y la compró; y plantó una viña con el trabajo de sus manos. Ciñóse de fortaleza, y fortificó su brazo. Probó y vio que era bueno su tráfico; su candela no se apagará de noche. Aplicó á la rueca su mano, y sus dedos tomaron el huso. Abrió su mano al necesitado, y extendió su brazo hacia el pobre. No temerá que molesten á su casa los fríos ni la nieve, porque toda su familia tiene ropas dobles. Hizo para sí alfombras; lino finísimo y púrpura son sus vestidos. Su marido será ilustre entre los jueces cuando se sentare con los senadores de la tierra. Tejió lienzo, y lo vendió; y

dio un cingulo al cananeo. La fortaleza y la honestidad son sus atavíos, y se reirá en el último día. Abrió su boca con sabiduría, y la ley de piedad está en su lengua. Reconoció todos los rincones de su casa, y no comió el pan de balde. Levantáronse sus hijos, y publicaron que era bienaventurada; también su marido, y la elogió. Muchas mujeres han amontonado sus riquezas, pero tú te aventajaste á todas. Es engañoso el donaire, y vana la belleza; la mujer que teme á Dios, ésa será alabada. Dadle el fruto de sus manos, y alábenla obras en presencia de los jueces.

REFLEXIONES

El mérito y el valor de una señora cristiana no se han de apreciar por su hermosura ni por su entendimiento, sino por su virtud. Todo ese espíritu, toda esa vivacidad, es fuego fatuo, brillantez aparente; todo ese desembarazo que hechiza es ilusión que engaña, relámpago que desvanece. Veamos la alta idea que nos da de esto el Espíritu Santo en el magnífico elogio que hace de una mujer:

El temor de Dios, dice, que es el principio de la verdadera sabiduría, es como el cimiento de todas sus buenas prendas. Teme á Dios y ámale; una de sus principales ocupaciones es el cuidado de vivir muy acorde con su marido y de conservar la paz y la unión en la familia; sobre todo, su mayor estudio es la vigilancia sobre las costumbres de los domésticos y la aplicación á que reine en todo el concierto y el buen orden. Humilde sin afectación, modesta sin artificio, aseada según su condición, pero sin profanidad, inspira en todos su veneración á la virtud; hácese admirar por su circunspección y por su prudencia en todas las palabras; sin salir de los límites de su estado arriba á una eminente santidad. Hizo cosas verdaderamente grandes, dice el

Espíritu Santo. Pero ¿qué maravillas fueron éstas? Echó mano del huso y de la rueca. Admirable lección para aquellas señoras del mundo que se tendrían por mujeres vulgares si echaran mano de esta labor. Madrugaba antes del día para cumplir más exactamente con sus obligaciones; no era la menor de sus prendas la puntualidad con que pagaba la soldada á sus criados y la caridad con que socorría sus necesidades; la que usaba con los menesterosos la ganó el corazón de los pobres; el tiempo que no gastaba en las obligaciones del estado, en obras de misericordia y en la oración, le ocupaba en la labor. A esto se reduce la pintura de la mujer perfecta y verdaderamente virtuosa.

El Evangelio es del cap. 13 de San Mateo.

En aquel tiempo dijo Jesús á sus discípulos esta parábola: Es semejante el Reino de los Cielos á un tesoro escondido en el campo, que el hombre que le halla le esconde, y muy gozoso de ello va y vende cuanto tiene, y compra aquel campo. También es semejante el Reino de los Cielos al comerciante que busca piedras preciosas, y en hallando una fue y vendió cuanto tenía, y la compró. También es semejante el Reino de los Cielos á la red echada en el mar, que coge toda suerte de peces, y en estando llena la sacaron, y sentándose á la orilla, escogieron los buenos en sus vasijas, y echaron fuera los malos. Así sucederá en el fin del siglo. Saldrán los ángeles, y apartarán los malos de entre los justos, los echarán en el horno de fuego; allí habrá llanto y rechinamiento de dientes. ¿Habéis entendido todo esto? Respondieronle: Sí. Y los dijo: Por eso todo escriba instruido en el Reino de los Cielos es semejante á un padre de familias, que saca de un tesoro lo nuevo y lo viejo.

MEDITACIÓN

Sólo es sabio el que trabaja sin cesar en el importante negocio de su salvación.

PUNTO PRIMERO. — Considera- que ser sabio es tomar con acierto los medios necesarios y eficaces para llegar á su fin; ignorar cuál sea el último fin, es estupidez, es brutalidad; saber cuál es y no aplicar los medios indispensables para conseguirle, es impiedad, es locura; engañarse en la elección, es perderse. ¿Y será sabio, será prudente el que se pierde en el importante negocio de su salvación?

Aunque tenga un hombre todo el entendimiento posible, tenga penetración, tenga vivacidad, brillantez; sea hábil en todas las artes, posea todas las ciencias; sea honrado, oficioso, atento, cultivado; si á este hombre le falta conducta; si por culpa suya pierde bienes, honra, fortuna; si se pierde á sí mismo para siempre, ese gran ingenio, ese gran hombre es un gran mentecato. La verdadera sabiduría y la verdadera prudencia consiste en saber discernir bien los objetos más engañosos; en saber distinguir las preocupaciones más comunes y más bellamente disfrazadas; en saber hallar las falsas brillanteces que deslumbran; consiste en descubrir los enredos y los artificios del enemigo de nuestra salvación; en no caer atolondradamente en sus lazos; en no equivocarse ni alucinarse. Dejarse engañar de la más ligera sombra, de la más leve apariencia de bien; equivocarse una exhalación instantánea con un astro fijo y laminoso; abandonar un bien real por correr tras otro imaginario y fantástico, ¿no es demencia y lastimosa imbecilidad de entendimiento? ¿Y qué otra cosa se hace en el mundo, cuando no se trabaja en el importante negocio de la salvación?

PUNTO SEGUNDO.—Considera que, no teniendo en este mundo otro negocio propio y verdaderamente tal que el

negocio de la salvación, no habiéndonos traído Dios á este mundo sino para trabajar en este único negocio, y pidiendo este negocio que se dedique á él todo el tiempo y todos los cuidados del mundo, el desatenderle, el olvidarle es la mayor de todas las locuras.

La salvación es nuestro gran negocio, nuestro negocio principal. Ya se sabe que un negocio grande, de tal manera se absorbe todo el tiempo, que no deja lugar para pensar en otros; como se salga con aquél, fácilmente sé consuela uno, aunque los demás se pierdan. Para salir bien en un negocio grande, todo se pone en movimiento; aplícanse todas las posibles precauciones, todo el pensamiento está ocupado en él; no se acierta á hablar de otra cosa, y siempre se habla de él con la mayor viveza; aprovéchense los instantes, expíanse las coyunturas, piérdese el sueño y el reposo; olvídense hasta las necesidades naturales de la vida; córrase á todas partes y se está en un continuo movimiento. Esto se llama tener juicio, ser hombre prudente, ser sabio. Pues aplica toda esta conducta al negocio de tu eterna salvación y pregúntate si has sido sabio, si has sido prudente, si hasta ahora has tenido mucho juicio.

En fin, la salvación es el único negocio verdadero; los demás á quienes el mundo da el nombre de negocios, son juegos de niños; como tales se les mira á la hora de la muerte; como, tales los reputarás tú mismo en aquella última hora.

Dios mío, pues os dignasteis darme á conocer en qué consiste la verdadera sabiduría, concededme este precioso don; haced que todo mi estudio, todo mi cuidado, todo mi empeño sea el de agradaros, el caminar á Vos para poseeros eternamente.

JACULATORIAS

Jerusalén celestial, centro de la felicidad eterna, si me olvidare de ti por dejarme llevar de una falsa alegría en este miserable destierro, que se olvide de mi misma mano derecha.—Ps. 136.

Si no te tuviere siempre en mi memoria; si no prefiriere á todos los gustos del mundo el consuelo de pensar en ti perpetuamente; si viéndome distante de esa dichosa mansión diere lugar á la alegría, que mi lengua se pegue á mi paladar.—Ibid.

PROPÓSITOS

1. Causa admiración que, siendo tantos los que se precian de ser sabios, haya tan pocos que verdaderamente lo sean; porque, al fin, no lo es el que todo lo quiere perder, honra, bienes, quietud, y su misma alma. No hay más que un único negocio que manejar, que dirigir y que gobernar, que es el negocio de la propia salvación. ¿Será sabiduría descuidar de este negocio, y, por descuidar de él, perderle entera y eternamente? En medio de eso, ésta es la conducta de la mayor parte de los hombres. ¡ Oh, y con cuánta razón dijo el Sabio que era infinito el número de los necios! No hay mayor necesidad, no hay mayor locura que matarse uno á si mismo á sangre fría, que echarse en un río voluntariamente, que despeñarse de un precipicio por su antojo. Pues ¿qué otra cosa hace el que voluntariamente se condena? Pero esta última locura es tanto mayor que la otra, cuanto es más lamentable la eterna pérdida del alma que la temporal del cuerpo.

2. Haz estudio de no alabar sólida y rigurosamente sino á los que saben hacer fortuna para la otra vida. Si se pusiera cuidado en no dejar caer otras máximas delante

de los hijos, de los criados y de la familia, sería el mundo un poco más cristiano, y no se vería en él tanto desorden. Nunca emprendas cosa considerable sin reconocer primero si te servirá de medio para conseguir tu salvación: emprender cosa que la pueda servir de estorbo, es locura.